

Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

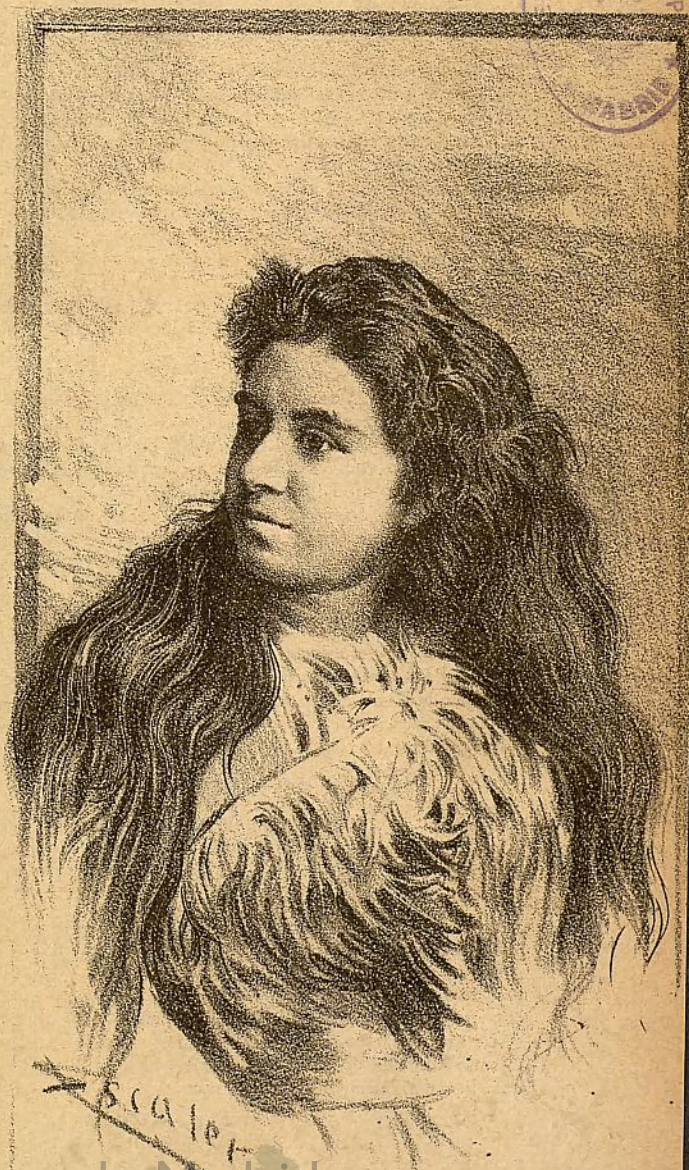
Redacción: Vertrallans, 3.-1.º

LUISA CALDERÓN



15
céntimos.

Cuando ella la escena pisa
la aplaudo de corazón.
¡Qué pesetas vale Luisa
Calderón!



Ayuntamiento de Madrid

— ❧ — SUMARIO — ❧ —

TEXTO.—*La Semana*, por Antonio L. Ruiz.—*Tu nombre*, por José de Diego.—*Del natural*, por José Borrás.—*A un sastré*, por José M.^a Codolosa.—*Relazos*, por J. Rodao.—*Higinia-Eiffel*, por Luis Royo Villanova.—*En el campo*, por F. Ulacia Beitia.—*¡Adúltera!* por Manuel Mera.—*Un hombre razonable*, (monólogo casi original); por Alberto Llanas.—*Informes*, por Carlos Miranda.—*Confiteo*, por Emilio Motta.—*Chirigotas*, y *Correspondencia*.

GRABADOS.—*Luisa Calderón*, por Escaler.—*Cositas y En la playa*, por Cilla.—*Consumos*, *Para ustedes y Leyendo el folletín*, por Escaler.—*Explicaciones*, por Cilla.—*Fuego de damas*, por F. Henares.—*D. Ignacio en el «Old england»*, por Escaler.



¡Dios mío, Dios mío que va á ser de nosotros!
La lectura de los telegramas que se reciben de Madrid durante estos últimos días nos tienen sumidos en la más horrible de las incertidumbres.

Háganse Vds. cargo:

«Madrid 20 á las 3-25 tarde.—Aumenta el descontento de los conjurados. Júzgase seguro que el señor Martos abandonará la presidencia del Congreso.»

Al llegar aquí decimos: ¡Ah! con cierta desesperación.. y seguimos leyendo:

«Madrid 21-1⁴⁰ tarde.—Las corrientes son hoy más pacíficas. Se asegura que el señor Martos no dimitirá ya la Presidencia del Congreso.»

¡Oh cielos, qué ventura!

Pero espérense Vds., espérense Vds., que todavía queda el rabo por desollar:

«Madrid 22 5 tarde.—Los ánimos de los diputados de la *conjura* vuelven á estar muy exaltados. Creese que hoy mismo dimitirá el señor Martos.»

Al leer esto, se escapa de nuestro pecho un sollozo de desgarradora aflicción y presa de la más negra de las angustias, dirigimos los ojos al cielo y murmuramos con voz de sochantre emocionado:

—¡Oh, Dios todopoderoso! sostén á Martos ¡Señor, Señor, que va á ser de nosotros si Cristino nos abandona!

Todo esto quiere decir que á la generalidad de los mortales nos tiene muy sin cuidado lo que haga ó pueda dejar de hacer el Presidente del Congreso y que nos cuidamos más y con mayor interés de la crisis desgarradora por que atraviesan ¡ay! nuestros bolsillos, que de

la que en el seno del gabinete quiere introducir el señor Martos.

A provocar ésta se niega Sagasta rotundamente.

Y ayer me decía el pobre D. Cleofé, un cesante negativo, es decir, sin cesantía:

—Aquí donde Vd. me ve, yo soy ardiente partidario de D. Cristino.

—¿Si?

—Si, señor: porque yo ocupo en la casa de huéspedes donde, ¡ay, triste de mí! muriendo vivo,

un gabinete oscuro, súpico, con goteras por arriba y ratones por abajo...

—¿Y qué?

—Que yo hace tiempo quiero hacer lo mismo que Martos: *modificar el gabinete*. Pero la patrona se ha empeñado en hacer el papel de Sagasta... ¡y ni Dios la arranca la modificación!

Echegaray está terminando ó tiene ya terminado un nuevo drama, que, según se dice, se estrenará en Barcelona.

Se titula *Los rígidos*.

Y al dar cuenta del hecho, dice *El Diluvio* que, á juzgar por el título, debe referirse la obra á los que con tanta justicia (!) *cenuran los esperpentos* del ingeniero-poeta.

Y no señor: no se refiere á esos.

Si á ellos hubiera querido aludir, no tendría la última obra de Echegaray ese título: *Los Rígidos*.

Sino este otro:

Los tontos.

✱

Mario viene.

Esta noticia, que á primera vista no tiene importancia alguna, es grave de verdad.

Ahora que los caseros le exigen á uno trimestres por adelantado y la promesa formal de no tener más allá de tres hijos, ahora se le ocurre á Mario meterse en el Español con su compañía

Es grave ¡gravísimo! Porque es lo que nosotros decimos:

—Estando esta gente en el Español ¿quién es capaz de no ir allí á darse un buen rato, para olvidar las exigencias del casero ó los desdenes de la novia?

¡Y como la entrada cuesta dinerol...

ANTONIO L. RUIZ.

TU NOMBRE

Dulce es tu nombre en nuestro dulce idioma;
suenan en las preces del fervor cristiano,
y es verso en el lenguaje soberano
con que aun nos habla la gigante Roma.

De un pié latino la cadencia toma
cuando vibra en el ritmo castellano,
cual breve arrullo de cantar lejano

ó eco de amor con alas de paloma.

Dos sílabas; un beso; algo muy triste
para el que te ha perdido; la elegía
de un sueño muerto, que nacer tú viste.

Carmen el mundo te llamó algún día;
pero despues de lo que á mí me hiciste...
¿cómo te llamaremos, alma mía?...

JOSÉ DE DIEGO.

DEL NATURAL

—¿Se puede entrar?
—Adelante.
—¿Don Baldomero del Río?
—Servidor.
—Muy señor mío;
yo soy Felipe Cargante.
—¿El que trajo la targeta?
—El mismo.
—¿Cómo está usted?
—Sin novedad.
—Siéntese.
—Muchas gracias. ¡Soy poeta!
—¿Si, eh?
—Si, señor. ¡Yo siento profunda melancolía!
—Hombre... ¡lo siento!
—Y quería que me oyese usted un momento.
Aunque soy un principiante sin nombre ilustre y sin fama, sin embargo, he escrito nn drama.
—Me alegro, señor... Cargante.
—Un drama muy atrevido, titulado: ASÍ SE EMPIEZA.
¡Si yo meto la cabeza justifico mi apellido!
—(Lo creo)
—Pues bien, yo quiero, si usted no lo toma á mal, que me escuche usted el final...
—¡Hombre!...

—...Del acto tercero. esta atmósfera de lodo.
Es una escena muy corta.
—Pero...
—La voy á leer.
Empiezo.
—Tengo que hacer; lo siento... pero..
—¡No importa!
¡Si aquí no tardamos nada! Escuche usted: «DON SEVERO entra, dejando el sombrero junto á la puerta de entrada.»
—(¡Dios me coja confesado!)
—«(Desmayada Dorotea, Don Severo se pasea visiblemente agitado.)
¡Imposible! (Transición.)
¡Oh, qué temor insensato! (Larga pausa.) ¡Yo la mato! (Momentos de indecisión.)
(Con amor.) ¡Qué hermosa está!... (Amor creciente.) ¡Qué hermosa!...
¡¡Parece una mariposa!!
(Con abatimiento.) ¡¡Ah!...
Pero dentro de ese seno de tentadora blancura, por una pasión impura late un corazón de cieno.
Por ella lo arriesgo todo; nada puede ambicionar, y en pago me hace aspirar

esta atmósfera de lodo.
Mi corazón, por costumbre sin duda, late impasible bajo este peso insufrible de *miseria y podredumbre.*
—Espere usted. (Voy por la Colonia del tocador).

—¿Puedo seguir?
—Si, señor.
«(Decidido.)—¡Basta ya!
Este puñal hasta el mango en ese pecho hundiré.
(Con fiera.) ¡Así veré en la superficie el fango!
¡No más!...»
—¡Eso digo yo!
No siga usted adelante; no puedo, señor Cargante, escucharle.
—¿Por qué no?
—No le gusta á usted quizás?
—El asunto es portentoso!
—Si señor, si, muy hermoso... ¡pero no lea usted más!
—Si es la trama muy sencilla.
—No, si el mal no está en la trama.
—¿Pues en qué?
—En que *eso* no es drama: ¡eso es una *alcantarilla!*
JOSÉ BORRÁS.

A UN SASTRE

Señor pájaro de cuenta
—mejor diré de rapaña,
pues sastre sois—vuestras cartas me empalagan, me fastidian.
No llameis más á mi puerta, si no quereis venga á abrirla con una tranca y os cueste la visita cien visitas.
Ya os he dicho que no quiero que interrumpais la armonía, de mi casa y nada, vos, sus que sus, grita que grita.
Ya que sin tener en cuenta que no cuento—y no es mentira—con un céntimo, con cuentas me venís, por vida mía que prometo no pagaros, ni el gaban, ni la levita,

ni el pantalon de cuadritos,
ni el chaleco de chinchilla,
ni la capa madrileña,
prendas todas desprendidas de vos y de mí, y pegadas al alma de un prestamista.
—Al cielo alzareis el grito al mirar desvanecidas todas vuestras ilusiones, y renegando del día que al mirarme no me vió vuestra fatigada vista, como sastre sois, de sastre tomareis serias medidas, para hacerme tragar cuentas que digerir no podría.
Haced lo que os plazca; á mí no me vengais con cosquillas;

mi genio es tan terco que citaciones no me incitan,
ni me embargan los embargos,
ni concilios me concilian con las necias pretensiones y las tercas socialías de rateros de tijera que de cuanto cortan sisan.
Dejad, pues, de visitarme, ó temed, por vida mia, que cual tomáis vos las vuestras, no tome yo mis medidas, y en vez de medir mis frases no os mida á vos las costillas.
Y en fin, doy fin á esta cartá, que es larga porque no digan que porque paño sisais, os quiero yo sisar tinta.

JOSÉ MARIA CODOLosa.

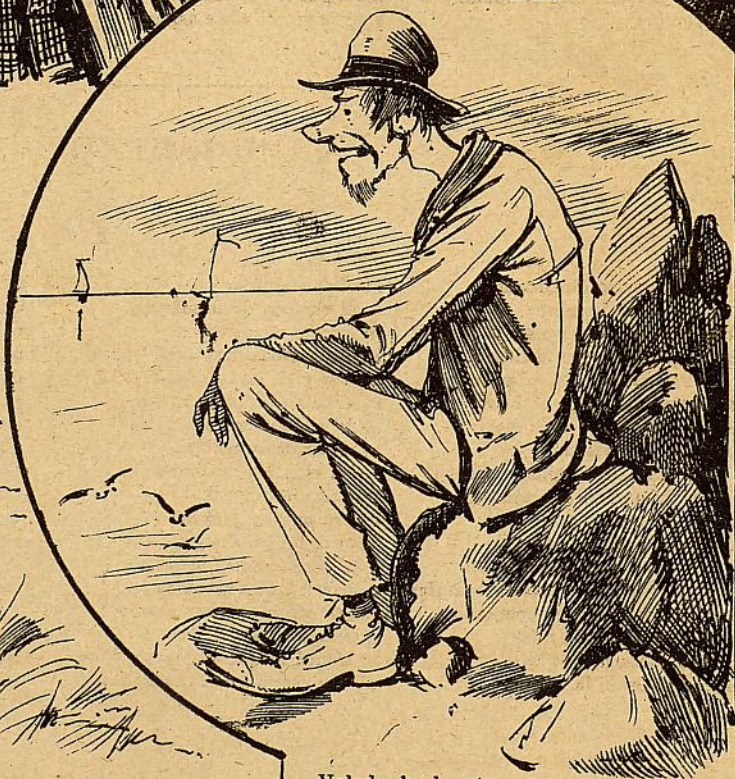
COSITAS



EN LA PLAYA



El, joven y de buen ver;
ella, que es muy agraciada;
se casaron anteayer...
¡Sabe Dios qué van á hacer!
¡alguna barrabasada!



Volad, olas bravías;
corred á la mansión del Dios Neptuno
y contadle mis penas y agonías...
¡y decidle que ya hace cinco días
que no puedo probar ni el desayuno!

Ayuntamiento de Madrid

CONSUMOS



—Pero, hombre de Dios, ¿por qué quiere Vd. que satisfaga?...
—Porque veo que con usted siempre entran pollos.—¿Y qué?
—Que la que entra pollos, paga.



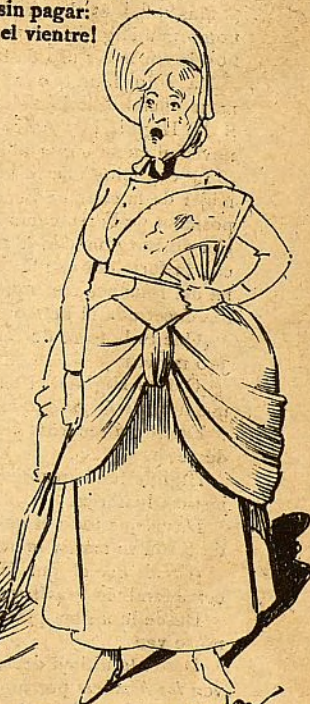
—Pero...—Nada, deja que entre.
¡Traigo vino... y lo he de entrar!
—¿Sin pagar?—Si: sin pagar:
¡porque lo llevo en el vientre!



¡Hum! Me está dando en el nas que esta lleva algo en el cincho.
Pero no me engaña pas.
¡La voy á meter el pincho por detrás!



La Tiburcia antes de pasar por el fielato.



La Tiburcia al pasar por el fielato

LAS MATUTERAS.

RETAZO

Mi amigo Diego Sansón,
agradecido á Fernando,
fué á regalarle un melón
que se había puesto blando,

y así le dijo el buen Diego:
—Aunque esto no es gran merced,
este presente le entrego;
suplico lo acepte usted,

Y Fernando, el imprudente,
le contestó incomodado;
—No diga que es un *presente*,
llámelo usted un *pasado*.

J. RODAO.



HIGINIA EIFFEL

ESTOS dos nombres son el *alpha* y la *omega* de los tiempos actuales, la razón social hoy en boga, los reyes de la actualidad que, á la manera de aquellos emperadores romanos, uno en Oriente y otro en Occidente, son la ocupación constante de la prensa y de la opinión.

Coged un periódico ilustrado y lo primero que verán vuestros ojos será la efigie de esa torre cuasi kilométrica, que parece un modelo de jaulas para girafas ó un clavo monumental alzándose tieso sobre una parrilla.

Tomad un diario callejero y vereis que Higinia Balaguer es capitel, fuste y basamento de todas sus columnas.

Más difícil es hacer, hoy por hoy, un periódico sin nombrar á Higinia, que era en otros tiempos escribir una novela sin hacer uso de la *a* ó de otra vocal cualquiera.

Ya solo falta que la *Gaceta* publique el consabido parte oficial de la Presidencia del Consejo, diciendo que S. M. Higinia I (y única) continúa en las Salesas sin novedad en su importante salud.

La caprichosa actualidad ha tenido á bien unir á la mujer de la calle de Fuencarral con la torre de la Exposición de París, como la historia ha unido á Margarita de Borgoña con la torre de Nesle, á Santa Bárbara con la fortaleza que le servía de prisión y á la Delgadina del romance con aquella altísima torre donde la tenía encerrada el herejote del padre.

¿Qué es la torre de Eiffel? Una Higinia Balaguer de 300 metros.

¿Qué es Higinia? Una torre Eiffel más larga, pero mucho más *larga* que la del Trocadero.

Esta hará recordar siempre la Exposición de París de 1889.

Higinia hará recordar también la exposición de la justicia histórica.

Dicen que todo el que sube á la cúspide de la torre de Eiffel se marea invariablemente.

¿Creeis que el que llega á la altura de Higinia no corre también gravísimo peligro de perder la cabeza?

Desde la última plataforma de la torre, los hombres no se ven.

Desde la última declaración de Higinia, tampoco se ven los hombres por ninguna parte.

Que Dios aleje de la mente privilegiada de D. Emilio Castelar la idea de publicar otro tomo de su «Galería de mujeres célebres.»

Porque no tendrá más remedio que incluir á Higinia entre las celebridades.

Como *autora*, eclipsa las glorias de Sapho, de Madame Staël y de la Fernan-Caballero; como actriz se ha puesto por encima de la Ristori, de Matilde Diez y de Rita Luna; como aragonesa ha dejado atrás á Agustina, la del sitio de Zaragoza.

Cuando los madrileños se cansen de Higinia y los parisienses se fatiguen de ver á todas horas esa gigantesca i griega vuelta del revés, podrá pactarse entre las dos naciones hermanas lo que en el juego del ajedrez se llama un *enroque*.

Nos traemos á Madrid la torre y que vaya á París la Higinia.

Allí, como mujer de temple, hará recordar á los franceses á Carlota Corday, á Luisa Michel y á todas las *virgileuses* de estos últimos años.

Acá, la famosa torre tendrá aplicaciones numerosas. ¿Dónde mejor que en la última plataforma podrán colocarse los aficionados á verlas venir?

¿Qué mejor punto de mira puede elegir el jefe del Gobierno, para ver de lejos á donde va á parar la famosa conjura de martistas, gamacistas y cassolistas?

Una vez en Madrid, la famosa torre servirá de *pendant* al viaducto de la calle de Segovia.

Y habrá muchos que, viendo la primera, crean que el viaducto se ha puesto en pié como centinela de los suicidas y, mirando luego el viaducto, piensen que la torre en un rasgo de fervor religioso se ha echado de bruces á los pies de San Francisco el Grande.

Compadezcamos al sabio ingeniero francés cuya celebridad es contemporánea de la de Higinia.

Yo no sé quien ha dicho: «Hay fatalidades en la Historia; Colon no pudo unir su nombre á su descubrimiento y Guillotin no ha podido separar su apellido de la máquina que inventó.»

Algo de esto le ha pasado á Mr. Eiffel, cuyo retrato vá unido al de Higinia en periódicos y escaparates.

Toda moneda tiene cara y cruz y la moneda que ahora corre tiene en el anverso la cabeza simpática y la barba encanecida de Mr. Eiffel y en el reverso la faz adusta, la barba saliente y la nariz lengua de Higinia Balaguer.

Demos á esta enhorabuena y demos á aquel el pésame por su amistosa compañía.

El crimen famoso y la torre célebre—como media vuelta á la derecha y media vuelta á la izquierda—son iguales en celebridad, por más que sean todo lo contrario.

Ya lo dijo Victor Hugo:

—Un abismo es lo contrario de una torre.

LUIS ROYO VILLANOVA.

EN EL CAMPO.

¡Qué linda está la mañana!
¡qué azul y qué hermoso el cielo!
Los rayos del sol naciente
pintan de color diverso
la naturaleza hermosa,
que vive de sus destellos.

Casi oculta en la espesura
del bosque frondoso, espeso,
sobre la alfombra del cesped
lozano, florido y fresco,
se ve una casita blanca
sobre el fondo azul del cielo

Por entre zarzas y arbustos
cruza el arroyo ligero,
dando frescura al ambiente
y á las auras y á los céfiros
y vida á las lindas flores
y á los pájaros gorgoros.

Como las Sílides, hijas
de la ilusión y el deseo,
como las Hadas y Ondinas
hermosas de los ensueños,
sentada está sobre el césped
suave, aromático y fresco,
las pastora más galana
de todas las del otero.

Fija su vista en las aguas
movibles del arroyuelo,

contempla su bella imagen
con orgullo y embeleso;
pues en el fondo del agua
que le sirviera de espejo,
se confunde su hermosura
con la hermosura del cielo.

¡Qué hermosa que está, qué hermosa!
¡nunca semblante tan bello
forjó mi imaginación
en ilusiones ni en sueños!

La pastora de Virgilio,
la Filis de aquellos tiempos,
aun luce su gallardía
por el valle alegre y fresco.

Casta y pura como un angel
de amor y caricias lleno,
más que pastora, parece
un angelito del cielo.

Lanza doliente suspiro
de lo profundo del pecho
y una lágrima, brillante
por sus vividos reflejos,
rodando por sus mejillas
demuestra sus sentimientos

Me domina la pasión
y á la pastora me acerco,
que está sola en la espesura
del bosque frondoso, espeso...

Paso tras paso, ya estaba
junto al angel de mis sueños
para calmar su desdicha
con mi amor y mis anhelos,
cuando su voz argentina
que embargaba el desconuelo
con puras y frescas notas
prorrumpió en este lamento:
«Pobre chica, la que tiene
que esperar..»

¡Adios mis sueños!

¡La pastora de Virgilio,
la Filis de aquellos tiempos,
convertida en Menegilda
del valle y de los oteros!

Y cuando ya me alejaba
con desengaño tan cruento,
sentí una voz que decía
mientras resonaba un beso:
«No llores más, pobre chica,
que aquí está el rata primero»

¡Y era un zagalon robusto
criado entre los corderos!
¡Ah! si tu vieses Virgilio
los pastorcillos modernos,
tal vez dijeras: «¡Qué extraño!
¡Son los mismos de mis tiempos!

F. ULACIA BEITIA.

¡ADÚLTERA!

Te casaste. Marcela, con Gil Rosas,
á quien no profesabas otro afecto
que el que engendra en mujeres vanidosas
el oro, que hace al hombre más perfecto.

Y despreciaste á Juan, un pobre mozo
que te hacía gemir enamorada,
y que al verte casada,
sintió en su corazón el alborozo
de quien salvo se ve de una celada.

Tú entonces no pudiste
prever que era vivir con quien no quieres
el suplicio más triste
con que atormenta el diablo á las mujeres.

É ignorando de Tántalo la historia,
no vino á tu memoria
el perenne martirio
que aporta presenciar dichas que brinda,
á otra mujer más linda,
el hombre que se adora con delirio.

Hoy, que ya satisfecho
con creces viste tu soberbio orgullo,
arrancar quieres del hastiado pecho
el vil corazón tuyo

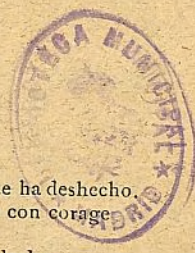
que la impotente envidia te ha deshecho.
Hoy destrozan tus dientes con coraje
el valioso encage
de la rica almohada de tu lecho,
donde no has escuchado ese murmullo
de amantes frases, de misterio llenas,
interrumpido por el dulce beso
que imprimen con extático embeleso
labios de fuego en cutis de azucenas.

Y como quieres ser esposa honrada,
vives á tu martirio condenada,
maldiciendo la estúpida torpeza
que te hizo posponer la dicha ansiada
al mentido oropel de la riqueza.

Mas si piensas que Dios, á quien provocas,
ha de premiar tu conyugal pureza
con el reino del cielo, te equivocas.

Adúltera ideal, Dios es testigo
de que goza tu mente
con deleites que forjas en tu anhelo,
y has de llevar el infernal castigo
de la mujer de *Hutin*, ó francamente,
no hay justicia en el cielo.

MANUEL MERA.



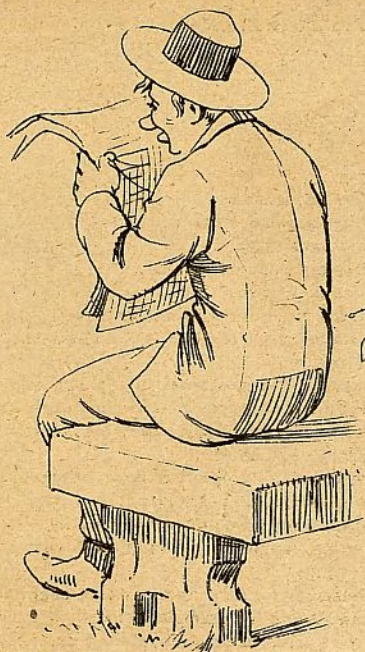
PARA USTEDES



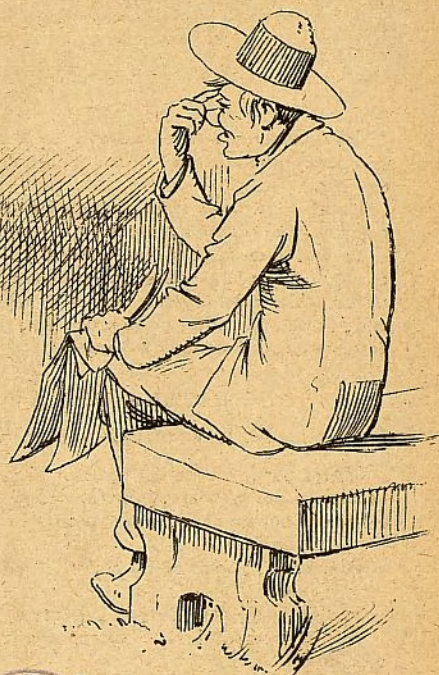
—¡Si Vdes. gustan!...

Ayuntamiento de Madrid

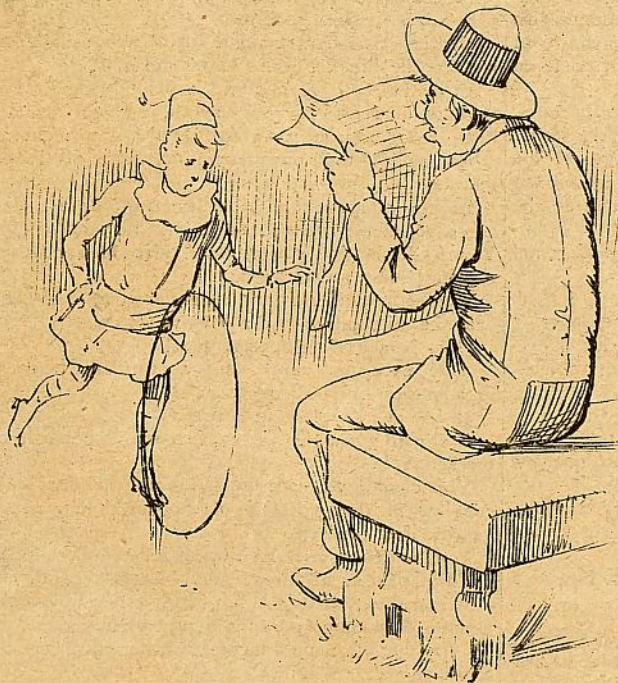
(En el Paseo de Gracia)



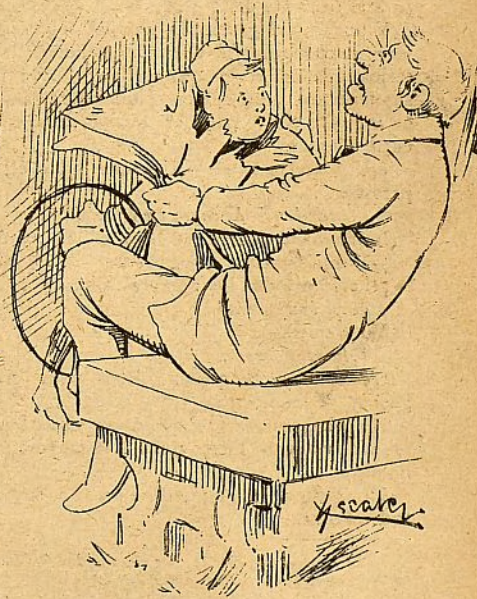
«La Condesa retrocedió horrorizada. ¿De quién era aquella cabeza?»



Eso digo yo. ¿De quién era aquella cabeza?



Ahora voy á ver de quién era aquella cabeza.



¡Y efectivamente!...

UN HOMBRE RAZONABLE

Monólogo casi original

(La escena representa un saloncito de confianza, ó un salón de desconfianza, ó un gabinete de estudio ó etc etc..)

En el centro una mesa grande ó pequeña, redonda ó rectangular, con ó sin tapete.

La acción en la penúltima década del siglo anterior al siglo XX, pocos años antes del *boca abajo* de las tradicionales celebridades musicales madrileñas: es decir, pocos años antes de la proclamación del ilustre⁽¹⁾ autor de «Los Amantes de Teruel»)

ESCENA ÚNICA

EL HOMBRE RAZONABLE, *solo*.

(Entra por la puerta del centro y al dejar encima de la mesa el bastón y el sombrero, repara en la carta cerrada que hay en el centro de la citada mesa ó velador.)

(Mirando el sobre:)

¡Una carta! ¡Letra de mi mujer!

(Leyendo:)

«Sr. D. Prudencio Comas: Urgente.»

¡No hay remedio! Está escrito que ha de ser exagerada en todo.

¿A qué escribirme, viviendo como vive en este mismo cuarto, en mi compañía?

Lo que aquí dice ¿no podía habérmelo comunicado esta noche, que me ha tenido despierto hasta que el sueño le ha cerrado la boca?

(Mirando el sobre:)

«¿Urgente? ¿Urgente?»

Urgente para él, como decía el difunto general O' Donnell, que, por lo visto, entre las innumerables cartas *urgentes* que recibió en su vida, no encontró ni una que fuera *urgente* para él: la urgencia era siempre para el firmante de la carta.

Y por esto el general O' Donnell, que según cuentan, tenía la costumbre de abrir personalmente (sin secretario) todas las cartas que recibía, dejaba para el día siguiente todas las que en el sobre llevaban estampado el *urgente*, y al separarlas de las demás, murmuraba entre dientes:

«¿Urgente? para él.—¿Urgente? para él.—¿Urgente? para él»...

(Guardando la carta en el bolsillo.)

Imitemos al general O' Donnell. La leeré después.

¡Ya está fresco el que hace caso de las mujeres!

¡Hicieran todos los hombres lo que yo!

(Con indiferencia.)

Yo sí que...

(Animándose.)

Gustarme ya me gustan. ¡Pues ya lo creo que me gustan! ¡Y muchísimo!

No exageremos, porque no es verdad que las mujeres me vuelvan loco, como á la mayor parte de los hombres.

Me gustan las mujeres, pero no soy de los que á todas horas...

(1) El *ilustre* adjudicado, por unanimidad á Tomás Bretón, nos ha hecho caer en la cuenta de que hay en la lengua castellana diminutivos acabados en *ísimo* como los hay en *on* y en *ote*.

En *on*—De calle, callejón; de carreta, carretón; de ala, alón y de torre, torrejón. En *ote*—De isla, islote; de cámara, camarote. Y á causa del uso y del abuso, resultan á nuestro entender diminutivos de *ilustre* y de *excelente*, *ilustrísimo* y *excelentísimo*.

(Con entusiasmo:)

¡Oh, las mujeres! ¡Las mujeres, oh!

(Con naturalidad:)

Ni soy tampoco de los que...

(Con desprecio:)

¡Pse, las mujeres! ¡Las mujeres, pse!

¡Nada me carga tanto como la gente exagerada!

(Pausa:)

Tampoco es esto verdad. ¡No exageremos! La gente exagerada me ataca los nervios, pero hay en este mundo muchísimas otras cosas que me mortifican mucho más. ¡Pues ya la creo!

A paso redoblado me iría yo al otro mundo si fuera esto lo que más me molestara. ¡Hay muy pocos hombres que como yo pongan las cosas en su verdadero lugar, y que, como yo, no pierdan la serenidad jamás, jamás, jamás.

Y mi mujer no sabe apreciar esta cualidad que tanto me distingue de los demás mortales.

Al contrario, hasta he llegado á creer que es esta la causa de nuestras disensiones cotidianas. Hoy por hoy, sin ir más lejos, he tenido que aguantar y sufrir el sermón número treinta y cinco mil cuatrocientos trece. Y todo porque esta mañana me he comprado otro sombrero. ¡Dichosos cincuenta reales!

¿Podía yo hacer otra cosa?

Al regresar esta mañana del Escorial, quise asomarme, por mi desgracia, á una de las ventanillas del vagón y sin saber como, desapareció mi sombrero, porque hacía un viento atroz.

Es decir, atroz... ¡No exageremos! El viento necesario para arrebatarme el sombrero.

Venían en mi departamento otros tres caballeros, y ninguno de ellos ha hecho lo que debía.

El de enfrente permaneció asomado, dando voces durante un cuarto de hora, para que los guardas de la línea recogieran mi sombrero. ¡Vaya una manera de alborotar! ¡Y todo por un sombrero que no le pertenecía!

El que estaba á su lado se desternilló de risa desde que cayó mi sombrero hasta nuestra llegada á Madrid. Y tan disparado, que tal vez á estas horas continua riendo. ¡Como no revientel...

Y el serrote que ocupaba el rincón opuesto al que yo ocupaba, ni siquiera se dignó volver la cara.

¡Tres personas! ¡tres exageradas!

¿Qué necesidad tenía aquel tonto de dar voces por un sombrero que no le pertenecía?

¿Y por qué se reía aquel animal?

Y el otro gahnápiro ¿por qué había de poner la cara tan seria?

Yo, cuando veo caer un sombrero, aunque sea un copalta, ni doy voces, ni me río, ni pongo cara de guardia civil retirado.

Y mi mujer hasta me ha llamado imbecil, porque al llegar á Madrid no he teleografiado al Escorial dando cuenta del suceso. ¡Por un sombrero! ¡Si se me hubiera caído el reloj, ó un amigo íntimo ó alguno de mis hijos!

¡Y que no ha habido medio de hacer entrar en razón á la madre de mis hijos!

¡Y hasta me ha llamado animal porque he comprado otro sombrero!

¿Es por ventura algún delito el tener los sombreros?

Yo estoy casi seguro de que recobraré el otro; he dado aviso al conductor del tren, al inspector, á todos los jefes y á todos los expendedores de billetes. Seguro estoy de que si el sombrero parece me lo guardarán. He hecho ya todo lo que podía hacer. Si está de Dios que yo recobre mi sombrero, lo recobraré. ¡Ya he cumplido! ¡Creo que no valía la pena de poner anuncios en los periódicos!

Y no puedo conseguir jamás que mi mujer confiese que es exajerada. En hablándole de sus exageraciones ó de las visitas de su primito Carlos, la dan en seguida ataques de nevios. Ataques con coscorriones para todos los que, por desgracia, se encuentran á su lado durante la sesión. ¡Solo respeta á su primo! ¡Y vaya otro exajerado ese dichoso primito, que antes apenas se dejaba ver y ahora pasa aquí el día entero!

El día entero, no señor. ¡No exageremos! Viene una vez por la mañana y otra por la tarde; en total pasa aquí ocho ó diez horas.

Yo celoso no lo soy, porque en nada quiero ser exajerado; tengo confianza en mi mujer, y... no la tengo.

Ya he cumplido mis deberes de jefe de familia: he dicho á mi mujer que me parece que Carlitos viene con más frecuencia de la que conviene á nuestro decoro. ¡Ahora si la vecindad quiere murmurar, que murmure! ¡Yo he cumplido ya mis deberes de jefe de familia!

¿Qué remedio queda? ¿me he de divorciar por ventura? Esos no son motivos bastantes para destruir una familia.

¡La familia! ¡La familia! Siempre tienen en la boca á la dichosa familia. ¿Qué quiere decir la familia? Algunas veces esa cacareada familia la forman solamente dos personas: un hombre y una mujer. Aquí, sin ir más lejos, yo solo soy un cero á la izquierda y mi mujer otro cero, también á la izquierda; y los dos juntos ya formamos lo que se llama una familia. ¡Qué exajeración!

No con esto quiero yo decir que yo no hago caso de la familia. Yo respeto la familia, la... propiedad, la... religión de nuestros mayores, la... integridad del territorio. Si señor; hasta la integridad del territorio. Pero yo cojer un fusil y exponer la vida para defender la integridad del territorio, ¡no señor! ¿Qué no cuenten para nada conmigo, mandelo que mande la Constitución! ¡Si no sé todavía qué quiere decir integridad del territorio! ¡Veamos lo que escribe mi mujer!

(Leyendo:)

«No puedo aguantar más. Me escapo con mi primo Carlos. — Pura.»

¡Pura! Es un cuento de nunca acabar. ¡Tres exageraciones!

(Volviendo á leer:)

«No puedo aguantar más.» No es verdad que á mi no se me pueda aguantar; yo bien aguanto á todos los que no piensan como yo. ¿No he aguantado hasta ahora á Carlos?

(También leyendo:)

«Me escapo con mi primo Carlos.»

— ¡Me escapo! ¿Qué trabajo le costaba decir: «me ausento», en lugar de: «me escapo»?

..

Tercera exajeración: darme la noticia por escrito. ¿No podía haberme anunciado sus planes esta mañana á la hora del almuerzo?

¡Bendito sea Dios!

Estoy casi seguro de que casi todos los demás maridos darian en mi lugar publicidades y hasta enseñarian la carta al Gobernador de la Provincia, al juez del distrito, y hasta al alcalde de barrio.

Los maridos más suaves se encojerían de hombros y permanecerían con los brazos cruzados.

(Con gran seriedad:)

¡Para esto es preciso no tener vergüenza!

¡Yo en nada soy exajerado!

Yo buscaré á mi mujer; yo la encontraré, la hablaré de la familia, de la propiedad, de la religión de sus mayores, de la integridad del hogar doméstico, de su juramento al pie de los altares, etc., etc.; y yo la venceré y la abriré los brazos y la conduciré sumisa, obediente y arrepentida, al domicilio conyugal.

¡Manos á la obra! ¡el llanto sobre el difunto!

(Recojiendo el sombrero y el bastón:)

Pero quiero ir antes á la estación del Norte á averiguar si ha parecido mi sombrero.

(TELÓN)

ALBERTO LLANAS

INFORMES

Señora Doña Vicenta Guzmán.—Muy señora mía: Ayer recibí su atenta, fechada... en no sé qué día, porque no he echado la cuenta.

Con urgencia inusitada me pide usted en ella informes, así... como de pasada, sobre la vida privada del Barón de Alba de Tormes.

Y en nada me ha sorprendido tan urgente petición, pues ya sé que es el Barón... el Mesías prometido para su hija Encarnación.

Por lo tanto, diré á usted —puesto que á hacerlo me obliga— lo poco ó nada que sé;

y, en cambio, espero que me permita usted que la diga, con el debido respeto, y aunque peque de indiscreto, que se vé bien á las claras que en esta cuestión me meto en camisa de once varas.

Y, sin más introducción, me voy por derecho al grano... Luis, el que aspira á la mano de la bella Encarnación, me quiere como á un hermano.

Nuestra amistad es ya rancia, porque la engendró la suerte en un colegio de Francia, y la amistad de la infancia no se borra hasta la muerte...

Luis —que está como el armiño

aquí, donde hay tanto cieno.— digno es de todo cariño, pues demostró desde niño ser más bueno que el pan... bueno.

Yo de alabar no me canso —¡que no me canso!... ¡que nó!...— su carácter dulce y manso...

¡Y ya sabe usted que yo no hablo por boca de gansol.

También sé que Encarnación es una niña discreta, gracias á su educación...

¡Pero es bastante... coqueta, dicho sea con perdón!

Mas puede estar descuidada:

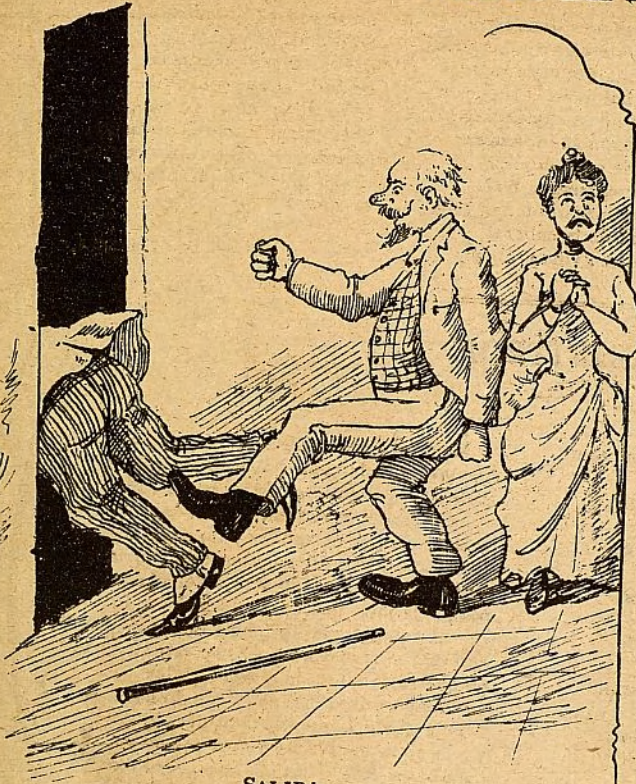
Luis de nadie desconfía, y no ha de importarle nada que haga Encarnación, casada,



—Pues suponte que tu eres la meta; yo llego corriendo á caballo... y te toco.

—Eso es; y entonces la meta, te mete un bofetón de cuello vuelto. ¡Pa que aprendas á distinguir cuando una va de señora!

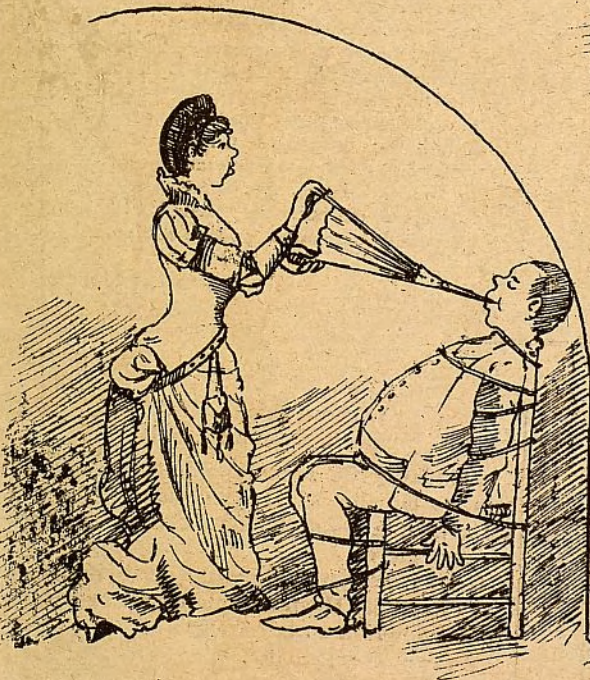
JUEGO DE DAMAS



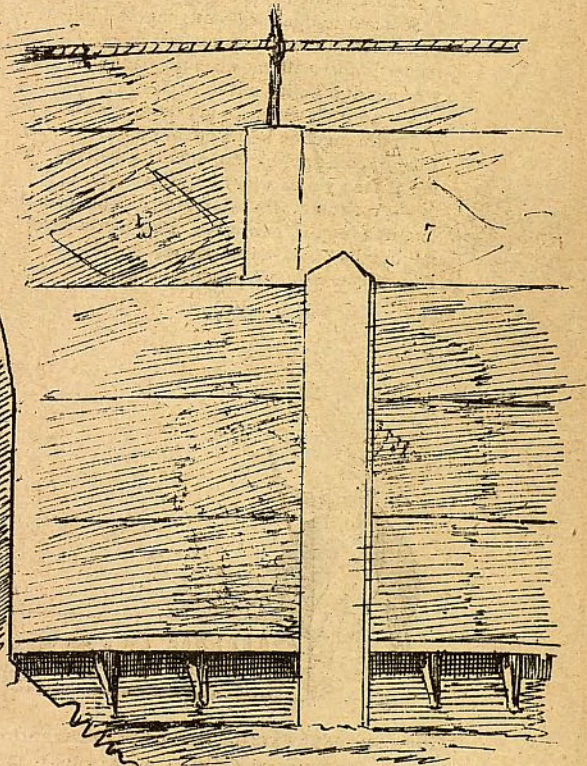
SALIDA.



COMERSE UNA NEGRA



SOPLARLE Á UNO LA DAMA



TABLAS

lo que de soltera haría.

Si se casan, son felices,
porque él va de buena fé;
y, en caso de haber... deslices,
¡ya sabe usted que él no ve
más allá de sus narices!

Aunque al honor rinde culto,
perdona cualquier insulto,
y es de esos hombres sencillos
que van derechos al bulto
sin reparar en peñillos...

La situación es bien clara,
y aun que *bien clara* la he puesto,
no hay que poner mala cara,
porque yo hablo en el supuesto
de que ella no se enmendara...
Si Encarnación se incomoda,
que dispense mi franqueza.
El, de arreglarse la boda,
¡será un buen marido... en toda
la extensión de la cabezal
¡Ah!... de su vida *privada*,

no sé nada, francamente...
Sólo diré, de pasada,
que no *se priva* de nada,
de nada absolutamente...

Ya de terminar es hora,
pues cumplí como Dios manda
su encargo... Y sin más por ahora,
besa á usted los piés, señora,
su amigo

CÁRLOS MIRANDA.

CONFITEOR

—¿Tienes novio?—Sí, padre; pero es honrado.
Confieso sin temores que yo le quiero.

—¿Pero piensa casarse?—Sí; se ha empeñado
en que la boda sea para Febrero.

—Pues cuéntame la historia de tus amores;
necesito saberla sin mas tardanza,
por si acaso en momentos... embriagadores
se permitió excesillos de de confianza.

—¿Te ha besado? No mientas. Dimelo todo
y podré concederte perdón eterno.
Entiende bien, muchacha, que de otro modo
penarás tus mentiras en el infierno.

—Padre, voy á decirle lo que ha pasado
durante siete meses de relaciones:
por lo pronto le juro que me he negado
á complacerle en todas sus peticiones

Solamente una tarde, que juntos fuimos
de merienda con varias amigas mías,
recuerdo que bailamos cuanto pudimos
y él me dijo bajito mil tonterías.

Yo no pude evitarlo; me trastornaba,
y me dió muchos besos enamorado.
Luego, con gran cariño, mientras bailaba,
me abrazó varias veces entusiasmado.

—¿Y nada más?—Sí, padre; también un día
que nos fuimos, con otros, á un merendero,
me besaba en la mano cuando podía,
diciéndome al oído: ¡Cuánto te quiero!

Me cojió por el talle con tal dulzura,
que yo no pude menos de estarme quieta,
y ensalzó los encantos de mi hermosura
y me llamada, en broma: «linda coqueta».

Después nos separamos y no hubo nada.
Estos son los pecados en que he incurrido;
yo supongo que puedo ser perdonada
porque le juro, padre, que lo he sentido.

—¡Demonio con los lances de las meriendas!
Eso está muy mal hecho; Dios, que castiga,
no querrá conderte lo que pretendas,
y obrando así no hay nadie que lo consiga.

Dile al chico que sea considerado
y que no se aproveche de los convites
para hacer esas cosas que son pecado
aun cuando tu le dejes y no te irrites.

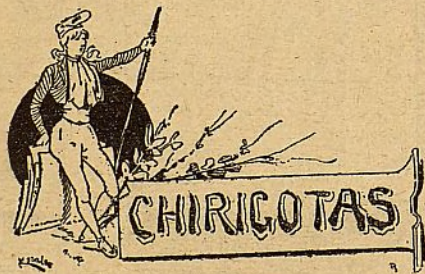
—Hoy mismo se lo digo; precisamente
como son hoy los días de mi tío Galo
iremos de merienda probablemente.

—¡Ah! ¿con que vais hoy mismo? ¡Pues! ¡malo, malo!

Enmiéndate, hija mía, yo te lo ruego,
que Dios maldice y odia los pecadores.
Porque dime: si pecas, ¿querrás que luego
proteja Dios la suerte de tus amores?

Además que la gente murmuradora
lo correrá enseguida que lo sospeche.
Consérvate tan pura como hasta hora,
y si vais de merienda... ¡que os aproveche!

EMILIO DE MOTTA.



Corresponsal exclusivamente encargado de la
venta de LA SEMANA CÓMICA en Madrid: D. Ju-
lián Rodríguez, calle del Tesoro, 5, bajo.

Con él deberán entenderse cuantos deseen
vender el periódico en la Corte.

Dice un colega local
(expresándose muy mal):

«Anteayer riñó una mujer de vida airada con
otra, en la calle del Hospital, la cual tuvo que
ser auxiliada y curada en la casa de soco-
rro etc., etc.»

Celebramos en el alma que se alivien *los dos*.
La calle del Hospital, que segun se despren-
de, salió herida en la refriega.
Y el autor del suelto.

Quédate con Dios, morena,
que yo á la China me marchó,
que no quiero oír hablar más
de la dimisión de Martos.

Tengo el alto honor de participar á Vds. que
estoy harto de hallar de Martos.
¡Dichoso Martos!

✱

—Parece mentira que
consientas á Benjamín...
—¿Qué quiere Vd. que le haga
si me ha dado por ahí?

J. BRAVO

✱

Mal impresionados salimos el martes del
Teatro Principal.

Ricardo Calvo, el actor modesto y excelente,
hizo aquella noche su beneficio, el primero que
nosotros recordamos que haya dado en Barcelo-
na.

Es Calvo (D Ricardo) un actor que goza de
merecidísimas simpatías entre nosotros y á
pesar de eso y de ser buena la función que se
representaba, acudimos al teatro escasamente
unas cien personas.

En cambio, en Eldorado, donde se hacía
aquella noche la insulez titulada *Plato del día*,
hubo un lleno completo.

Lo cual demuestra á mi entender una cosa.

Y es que aquí hemos perdido ya toda noción
de gusto y de sentimiento artístico.

Reciba el actor Calvo mi ardiente felicitación
por su beneficio.

Y reciba el público mi sincero pésame por...
Por eso.

✱

Fray Candil, el émulo del *Clarín* escribe en
su último *Baturrillo* de *Madrid Cómic* lo si-
guiente:

«D. Gabriel Rodríguez leyó algunos frag-
mentos oratorios de Bright, traducidos correc-
tamente en castellano.»

Pues, no señor: no es *traducidos correcta-
mente en castellano*, como se dice, sino *tradu-
cidos correctamente al castellano*, así lo digo yo
y lo dice todo el que sabe escribir, como Dios
manda, y no como la Academia, nuestra madre
santa dispone.

Y, francamente, me parece que quién, como
Fray Candil, se las echa de *purista* y pretende
morder á destajo y hasta echa su *cuarto... á
cuyos*, como dijo él, debía poner, un poquito
más de cuidado en no escribir semejantes dis-
lates.

✱

Oí en una reunión:
—Este señor es don Diego,
vocal de la Comisión
y... consonante de Riego.

FÉLIX MÉNDEZ.

✱

LIBROS.—UNA BODA EN EL ALBAICIN: (*Esbozo
de costumbres granadinas*), por Eduardo de Bus-
tamante.—Es una obrita bellísima, garbosa,
bien concebida y sobre todo, muy española. Su
autor, mi querido y cariñosísimo amigo Busta-
mante, ha demostrado en ella que es además
de un poeta de alientos, un escritor correcto y
un autor en embrión, que si no se desanima,
producirá mucho bueno.

—

PERAS Y MANZANAS, por Pentapolín.—Bajo es-
te pendónimo se ocultan dos escritores de mucho
talento, cuya donosura y facilidad han tenido
ocasión de celebrar más de una vez los lectores
de LA SEMANA. Por eso, y por ser la obra del
género de las *atreviditas*, no me atrevo á reco-
mendarla. Sin embargo, está tan bien escrita y
hay en ella tanto ingenio, que si no sé... no sé...
En fin, comprenla Vds.. ¡qué demonio!

✱

ÚLTIMA HORA:

Sumamente emocionados, nos apresuramos
á participar á nuestros lectores que seguimos
estando hartos de oír hablar de Martos.

✱



Caifas. Bien hechas, sí; pero el asunto es vulgar.

Q. K. Racha. —Lo mismo digo.

Cabrero. —¡Hombre, por Dios!....

«Una noche de verano
se halló el joven indispuesto;
ella socorrióle presto
y él, en pago, besó mano.»

Falta ahí un *su*, que no cabe, pero que falta. Y hay versos lar-
gos. Y asonancias. Y otros mil defectos imposibles de enumerar.

Conejo. —¡Pero ese cuento, señor Conejo,
es ya muy viejo, pero muy viejo!

Pio Escamilla. —Y lo mismo digo á Vd. Ese chiste es de Alber-
to Llanas. Y se ha publicado ya infinidad de veces.

Al cesto? —Sí, hijo mío, al cesto. Pero haciendo constar que
Vd. es de la madera de los buenos.

Apolo. Sois un Dios como no hay dos:
bromista como vos solo.

¡Ay, qué salero! ¡Ay, qué Apolo!
(como quien dice: ¡Ay, qué Dios!)

J. R. R. Y. —Madrid. —Y cuando más entusiasmados estaban
Vds. dos, vino el padre de ella y... ¡zas! ¡Dios me dé tantas piezas
de á duro como veces se ha dicho eso!

Goleta. —Barcelona. —Mándela Vd. firmada.

K. D. T. —Madrid. —Y Vd. también.

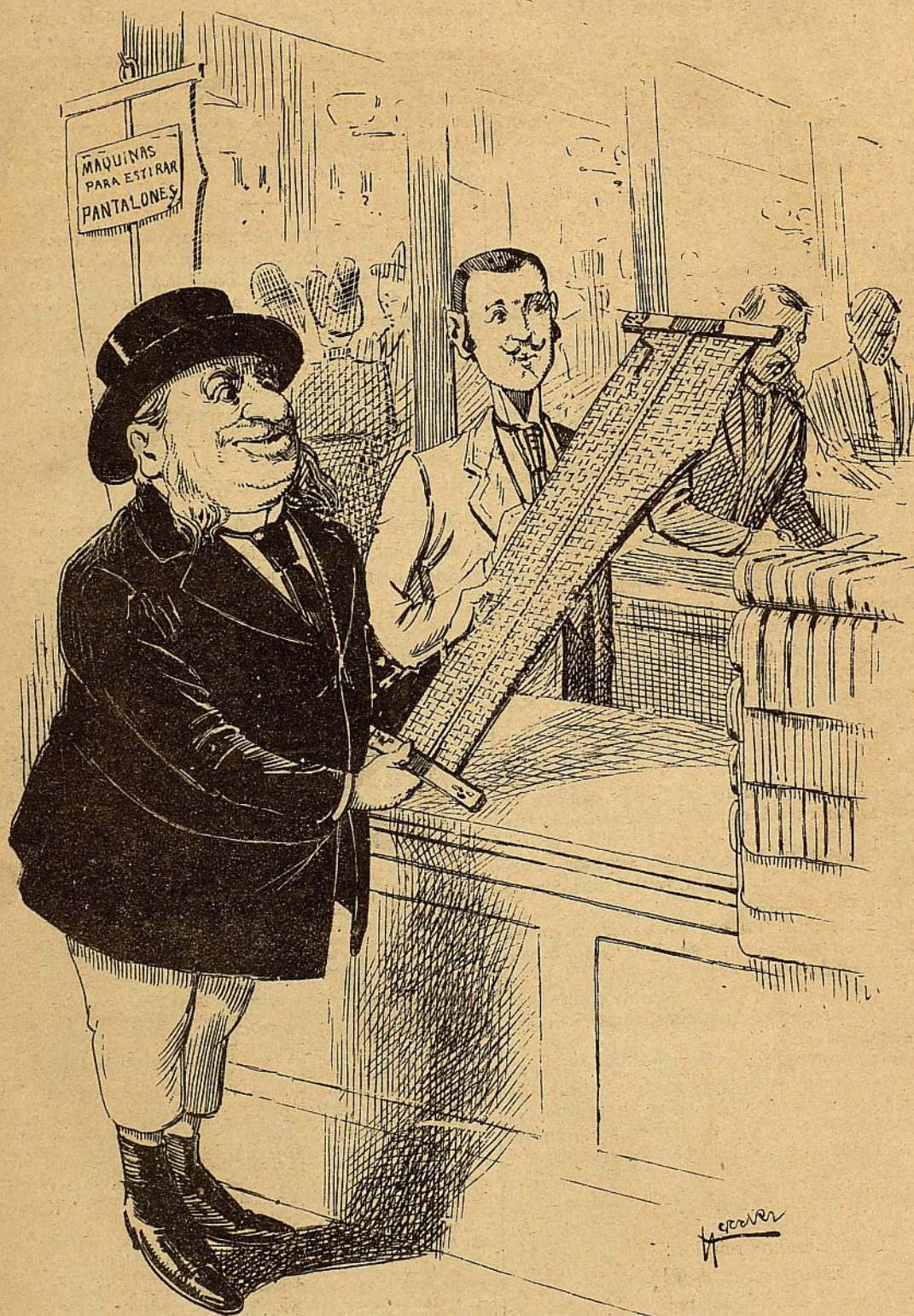
F. B. V. —Valls. —Mando el número ¡Es V. un barbian! La sus-
cripción, seis reales trimestre en Barcelona y diez fuera.

No pueden ser publicadas (y la falta de espacio me impide decir
por qué) las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han
honrado los señores siguientes: Yago, *Dos Hijos de su madre* y
Un tranquil, (Barcelona). —J. R. S. (Lérida). —J. de los Ratás,
(Lugo). —Lego-vivo, A. G. A. y E. B. (Barcelona). —El gran chis-
moso y J. C. (Valencia). —R. H. N. Y (Madrid).

Imp. Militar Arco del Teatro 9, pasaje.

Ayuntamiento de Madrid

DON IGNACIO EN EL «OLD ENGLAND»



—Mister tomar esta clase;
ser instruménta moy buena.
—Pues llevaré una docena
¡que buena falta me hace!

Ayuntamiento de Madrid